



Fernando del Paso

Un hombre de letras

Vicente Quirarte

El pasado 24 de noviembre le fue entregado el Premio FIL de Literatura 2007 a una de las figuras centrales de la novela contemporánea en nuestra lengua. A continuación reproducimos, íntegra, la semblanza que el poeta Vicente Quirarte escribió para la celebración del magno evento.

Yo soy un hombre de letras, exclama, proclama y aclama un personaje de *Noticias del Imperio*, novela cuyos innumerables lectores han confesado públicamente que llevarían como único patrimonio a la isla desierta. *Yo soy un hombre de letras*. Reitera la frase y la transforma, la anuncia como enigma para la consecución de su historia ese imposible amante de metáforas que sin ver un texto suyo en letra impresa acendra su pasión para ayudar a resistir a una patria envilecida y pisoteada, pero estoicamente en pie de guerra. *Yo soy un hombre de letras*, enfatiza el escritor, el escribiente, el cajista, el formador de palabras cuyo más alto orgullo reside en poner sus luces y esfuerzos al servicio de la República. *Yo soy un hombre de letras* es una frase que puede ser leída con secreta piedad o con admiración suprema. En el contexto donde Fernando del Paso la sitúa, sintetiza el esfuerzo de quienes han querido y no han podido, esa extensa y admirable legión que ha analogado sudor y lágrimas a la frescura intensa de la tinta, a la sangre que tanto se le asemeja como medio transmisor de nuestras ansias.

Hemos venido a expresar nuestra gratitud, nuestra admiración, nuestro cariño a un hombre de letras en el

sentido literal y literario del término. El otorgamiento a Fernando del Paso del Premio de Literatura de la Feria Internacional de una Guadalajara que él ha elegido como casa da nuevo prestigio al galardón y hace las veces de arco triunfal. Como sucede en la tradición clásica, el triunfador penetra en el cuerpo de la ciudad con el orgullo de haber vuelto de cada batalla con las banderas victoriosas y sin claudicar un solo instante de sus convicciones. No sólo se reintegra a la república letrada, sino a una patria más honda y entrañable, ésa que sus letras y acciones hacen más grande y poderosa.

El camino que un hombre de palabra recorre para llegar al dominio de su oficio sigue un esquema común. Sin embargo, cada escritor es una criatura imprevisible y sorprendente, original y nueva. Fernando del Paso es nuestro ejemplo más claro de quien al construirse nos construye a nosotros; al forjarse un lenguaje, hace más prestigioso y fuerte el colectivo. Desde que rompió sus primeras lanzas, el joven Fernando supo que su vocación exigía una constante metamorfosis y una disciplina sin fisuras. *Sonetos de lo diario* tituló su primer libro, publicado hace medio siglo. En él ya daba muestra de su capacidad



Fuentes, Del Paso y García Márquez en la entrega del Premio FIL de Literatura 2007

para transformar lo nimio en hiperbólico, lo aparentemente intrascendental en epifanía. Bajo los hechos cotidianos laten un virtuosismo y una exigencia verbales que habrían de caracterizar su obra futura y donde nada es lo que aparenta. Clasicismo y experimentación establecen afortunada alianza para poner en jaque a las palabras.

Hemos venido a agradecer y celebrar la victoria de un hombre sobre sí mismo, su labor de arquitecto de vastas y macizas catedrales de verbos, de compositor de óperas de signos que han resistido y resistirán el paso de las generaciones. En esas obras tuyas habremos de seguir iluminándonos y creciendo. Al lado de esas nuevas odiseas, el artista integral que es Del Paso ha encontrado tiempo y espacio para seguir jugando como niño, para escribir una reincidente y memorable novela policiaca, para traer de vuelta el genio y la figura del poeta que en Granada comenzó a ser inmortal, para crear mundos alternos con sus dibujos, montajes y esculturas. Cuando ingresó a El Colegio Nacional, solicitó que le fuera concedido desarrollar esas dos pasiones que en él palpitan: la literatura y la pintura. Una alimenta a la otra, y ambas se acompañan en sus soledades y sus iluminaciones.

Si la misión de un escritor es consumir al menos una obra maestra, Fernando del Paso lo ha logrado en cada una de sus tres novelas mayo res. En ellas ha llevado a cabo una lectura de la historia mexicana valiéndose, como núcleo primario, de tres personajes ya imborrables: José Trigo o el descenso al México ancestral y profundo; Palinuro o la odisea del hombre enfrentado al enigma del amor y la muerte a través del cuerpo de Estefanía o de un país que cambia de manera vertiginosa y radical; Carlota de Bélgica o la nueva Penélope que teje y desteje su locura y se transforma, por voluntad del narrador, en ojos omnipotentes de la Historia.

Desde que emprendió la primera de sus aventuras narrativas supo que iba a ser un contador de historias, pero también un modificador de la Historia. Y como su apuesta fue por la larga duración, se empeñó en armar laberintos donde tuvieran cabida, en palabras tuyas, “todas las rosas, todos los animales, todas las plazas, todos los planetas, todos los personajes del mundo”.

El estilo es una larga paciencia, dice el precepto del clásico. El de Fernando del Paso no nació hecho. Él fue en su busca y el estilo terminó por construirlo a él, por otorgarle esa originalidad y poderío verbales que no se agotan sino, por el contrario, se enriquecen en cada nueva lectura. James Joyce evolucionó de la música y la transparencia de sus poemas de juventud al laberinto sin salida de su última novela, donde impera su majestad el lenguaje. Del Paso partió del desafío legado por los autores que lo formaron y emprendió el camino desde el laberinto aparentemente sin salida del lenguaje en *José Trigo* hasta la transparencia de *Noticias del Imperio*. No por ser más cortés en su exposición de los hechos esta última novela deja de ser deslumbrante y difícil. Un gran escritor nunca es unívoco, y la gran prueba de una obra maestra, como la de un vino de gran tradición y artesanía, es que puede probarse una y otra vez con sorpresas que no esperábamos. Varios secretos permiten esta constante invitación al viaje que es la escritura de Fernando del Paso y la posibilidad de la relectura o de abrir al azar alguna de sus páginas inolvidables, tanto por su estremecimiento lírico como debido a su solidez estilística: “Unas palabras sobre Estefanía”, el monólogo inicial de la Carlota suya, el ferrocarril como protagonista de la historia del mundo. Otro de los ingredientes que explican la adhesión inmediata a su prosa se encuentra en la estructura musical de cada una de sus frases. Poeta en sus inicios, nunca ha de-

Si la misión de un escritor es consumir al menos una obra maestra, Fernando del Paso lo ha logrado en cada una de sus tres novelas mayores.

jado de serlo, pero ha sabido templar su estilo hasta lograr que la música module cada una de sus frases y para que la metáfora no deslumbre pero sí alumbre el camino que el lector recorre con el narrador.

La novela histórica en México es hija de su conciencia como nación. Consciente del desafío, Del Paso le ha infundido un nuevo aliento al quitarle la pátina de bronce, al volverla viva y loca, al contarla de otras formas para que no la olvidemos. La aparición de *Noticias del Imperio* culminó un proceso de creación ya mítico y aclaró el horizonte de expectación sobre el tratamiento que uno de nuestros novelistas mayores da a uno de los temas más complejos de nuestra Historia y uno de los que aún provocan encendidas polémicas, no obstante los años transcurridos. A lo largo de una década, Fernando del Paso había declarado: “Estoy escribiendo una Historia del Imperio”, y desde entonces el lector expectante vislumbraba la historia que era capaz de contarnos el estilista experimentador de *José Trigo* o el barroco obsesivo de *Palinuro de México*. De tal modo, *Noticias del Imperio* es al mismo tiempo una novela previsible y sorpresiva. Lo primero, porque los lectores de Del Paso estaban preparados para un orbe narrativo donde tuvieran cabida todas las lecturas y escrituras posibles. Lo segundo, porque nadie antes que él había logrado no sólo dar una vuelta de tuerca a esa época, sino crear nuevas herramientas para nuevos engranes.

Para escribir unas *Noticias del Imperio*; para explicar siete años de historia mexicana que, con antecedentes y consecuencias, forman lo que Luis Galindo denomina nuestra gran década nacional; para comprender la génesis de lo que llamamos República Mexicana, síganse las siguientes instrucciones: léanse todas las crónicas, novelas, homenajes, testimonios, partes militares, obras de teatro, ensayos de interpretación histórica escritos sobre la marcha y tras la consumación del drama de Querétaro; búsquese el nombre del modista de la emperatriz Eugenia de Montijo, las reglas del juego de salón favorito de Napoleón III, la fábrica de los cañones que sitiaron y bombardearon Puebla; calíbrese la relevancia que en el *Diario del Imperio* se daba a los lunes de la Emperatriz y las tres palabras que noticiaban las campañas estériles de Douay y Castagny ante el trabajo tozudo y eficiente de las guerrillas mexicanas; examínese, con pasión maniaca, toda alusión existente sobre el proceso de embalsamamiento del archiduque Maximiliano; téngase la paciencia para encontrar los lazos —de grueso tejido los unos, frágiles los otros—, que atrapen, interroguen y den cuerpo a los

espectros de Concepción Sedano y del hijo del coronel Van der Smissen; agóntense bibliotecas y archivos con la sed desconfiada del científico y la lupa hiperbólica del poeta; recórranse las galerías de los castillos de Miramar, Bouchout, Laeken, las Tullerías; mírense con los ojos de los muertos la isla de Sacrificios, el castillo de San Juan de Ulúa, los jardines Borda; evóquese la inminencia del primer bocado de mole de guajolote en un paladar austriaco, o el modo en que el pulque se aferra a las paredes del vaso; aspírense perfumes, atmósferas, densidades, a la espera del instante en que la Historia y la Literatura logren la combustión que corporifique al mito; examínense las grandes corrientes de la Historia y los pequeños detalles de la chusma anónima. Guárdese todo, atesórese con cuidado idéntico una carta desconocida de Carlota y el pregón “Carbosiu” del indígena evocado por la marquesa Calderón de la Barca. Coloque encima de su mesa de trabajo las figuras tutelares de Jules Michelet, James Joyce y Emilio Salgari. Comience entonces a escribir *Noticias del Imperio*. No olvide el áureo consejo del maestro Gustave Flaubert: en la novela importa pulir individualmente las perlas pero es preciso hallar el hilo que las una colectivamente. Hilo semejante debe reunir el poder de interpretación y síntesis del historiador, la clarividencia del poeta, la agilidad del novelista de aventuras. El poseedor de tal especie de hilo se llama Fernando del Paso.

Pocos de nuestros escritores como Fernando del Paso aman tanto las palabras y pocos como él han sido tan bien



Fernando del Paso

© Javier Navarro

correspondidos. En alguna ocasión declaró que escribir es como dibujar, porque cada letra exige de quien la utiliza que lo haga con la artesanía, el fervor y la pasión que exige la verdadera literatura. Lo demás es silencio. La permanencia de su estilo se explica por esa minuciosidad con la cual nuestro escritor penetra en la realidad, la recorre y la explora hasta agotarla. *De la A a la Z por un poeta* es el título de uno de sus libros donde cada protagonista cuenta su historia. En ninguno de sus libros ha dejado de jugar, pero entre sus múltiples lecciones nos ha enseñado que la escritura es el más serio y peligroso de los juegos.

Honesto y exigente, Fernando del Paso no permite que salga al mundo una página suya donde no ardan al mismo tiempo la imaginación y la inteligencia. De ahí que entre cada una de sus novelas mayores existan largos periodos. Ante el reclamo de quienes exigen abundancia en nombre del empobrecimiento del idioma, el escritor respondió, digno y maestro: “La libertad del silencio es un deber moral del escritor. Callarse cuando nada tiene que decir”. Otra de sus grandes lecciones es que es preciso entregarse por entero para hacer más puras las palabras de la tribu. Publicista, traductor para la BBC de Londres, diplomático ejemplar de México en París, donde desempeñó su cargo con diligencia y siempre tuvo tiempo para el visitante ilustre y para el estudiante pobre, se ha servido de las palabras para el diario sustento, pero ha desarrollado, en las más altas horas, el trabajo solitario del creador que, al domarlas y moldearlas, sustenta nuestra imaginación, la exagera y la transforma en arma para vivir cada minuto con más intensidad.

Carácter es destino. Fernando del Paso nació el 1º de abril de 1935. Ese mismo día, pero de 1755, vino al mundo Anthelme Brillat-Savarin, el gastrónomo que con el paso de los años, y por su propia cuenta, habría de publicar su libro *Fisiología del gusto* y hacer de la cocina un arte mayor. Otro primero de abril, pero de 1868, vio la

primera luz el poeta y dramaturgo Edmond Rostand, ya para siempre asociado a su personaje central, Cyrano de Bergerac. Nada es obra de casualidad, y los astros se acomodaron de tal manera que Fernando del Paso estuviera bien acompañado por estos dos autores de otra era. Su amor por la cocina, que comparte estrechamente con Sorcorro, y que los llevó a hacer un libro de cocina mexicana, publicado en Francia, y cuyo objeto es iniciar a los paladares de los paisanos de Brillat-Savarin en los misterios de nuestra gastronomía; su rebeldía y su independencia, su boca que se abre para decir siempre lo que piensa, aunque eso signifique el desconcierto de la grey, lo analogan al señor de Bergerac, cuya espada y cuya pluma se hallan exclusivamente al servicio de los perseguidos y de los enamorados que, como Palinuro nos enseña, son en el fondo una misma especie.

Fernando del Paso nunca ha dejado de ser un marginal y un rebelde, tanto en su escritura como en sus declaraciones públicas, consciente de la orgullosa soledad que esa actitud conlleva. Pero es, en lo más profundo, un hombre de familia. Así lo demuestran las dedicatorias de sus obras, sus constantes afanes por los de su sangre, su devoción por Socorro, inquebrantable aliada, y por su nieta Estefanía, cuyo solo nombre demuestra que la fantasía y la realidad forman un solo ardiente binomio. Por eso me atrevo a afirmar que Fernando del Paso está con nosotros en compañía de los suyos, pero también de esta otra familia ampliada, la que él ha procreado con el poder de su inventiva, el virtuosismo de su estilo y la fecundidad de su escritura. Gracias, Fernando del Paso, amigo generoso, maestro inagotable, por devolver sus plenos poderes a la andante caballería del hombre de letras. Te deseamos prontas y futuras cabalgatas, tras de las cuales los primeros beneficiados seremos quienes tanto debemos al poder de tu pluma, cuyo temple y estirpe siempre serán más poderosos que la espada. **U**



Vicente Quirarte, Gonzalo Celorio, Álvaro Mutis, Carlos Fuentes, Fernando del Paso y Gabriel García Márquez